

La sincro, sin madre

Las graves acusaciones de sus ex pupilas han convertido a Anna Tarrés en un árbol caído

Artículos | 30/09/2012 - 00:00h



Dagoberto Escorcía

Tarrés leído de atrás para delante nos descubre otro apellido famoso: Serrat, el ilustre poeta de la canción que cantaba aquello de “niño deja ya de joder con la pelota”. Revolucionadas las letras del apellido Tarrés acaba por encontrarse una palabra negativa: restar. La Tarrés más famosa del deporte español y mundial, sobre todo, en el último mes, se llama Anna, y tenía la bendición de todo el mundo, y recibía elogios por doquier. Era la madre de la natación sincronizada española.

Puede que en algún momento de su carrera Anna Tarrés dijera algo infinitamente más fuerte que “niña deja ya de joder con la pelota”, pero en su deporte, Anna Tarrés no restaba, sumaba. Rescindido su contrato con la federación española de forma sorprendente para los que estábamos todavía elogiando el papel del equipo español en los Juegos de Londres, Tarrés, que siempre había añadido valor a este deporte, ha visto y está viviendo como su inmenso mar de números azules hasta el pasado mes de agosto, en un santiamén se ha teñido de rojo, pasaba a no tener crédito, peor que la economía de los bancos españoles. Y lo más terrorífico es que el descrédito no venía dado por Rusia, que casi siempre ha relegado a España a la segunda posición en todos los eventos. No. Venía de ex pupilas, de las que en algún momento más de un comentarista llamó sus hijas. Toda una puñalada por la espalda, aplicando el “la venganza es un plato que se come frío”. Pero además con acusaciones hirientes, de las que quedan para toda la vida, de las que aprovechan los humoristas para hacer su gracia y maldita sea la gracia para el protagonista, que acaba de quedar marcado para toda su vida. Todo el prestigio de Tarrés por los suelos en un abrir y cerrar de ojos. Peor que una pesadilla. Un día se despertó y encontró otro mundo real. Parecía firme, fuerte. Pero se ha convertido en un árbol caído.

El debate sobre Anna Tarrés está en la calle. Acusada de apretar a sus niñas hasta el punto de decir a una que le pedía salir de la piscina por tener ganas de vomitar “trágate el vómito”, de llamarlas “gordas”, de exprimirlas con métodos militares, con palabras insultantes, con lo que hiciera falta para conseguir el éxito, Tarrés lo ha negado casi todo y se ha visto obligada a presentar una triste demanda contra el presidente de la federación al que acusa de promover la sangrante carta de 15 nadadoras.

La entrenadora ha tenido el apoyo de algunas de sus campeonas, pero la imagen de sargento mayor Hartman, aquel que instruía a soldados americanos en La chaqueta metálica, es comidilla de la parroquia deportiva. No vale el fin justifica los medios, el dopaje emocional no sirve. Ni siquiera en la élite, sostiene la mayoría. Si quieres ser número uno, ganar el oro, estar en el podio estás entrando en un agujero en el que necesitas sacrificarte, comerte la lengua y tragar sapos, sostiene otra parte importante de la opinión.

Soy de la teoría que si los futbolistas de primer nivel hablaran también descubriríamos que en los campos y en los vestuarios más de un entrenador se ha pasado de rosca. Por algo hoy en día son muy pocos los que permiten que los medios informativos observen sus entrenos. Siempre admiré a Anna Tarrés y lo que han dicho de ella me ha dejado sorprendido. Y cuando he querido defenderla en círculos amistosos no he encontrado respuesta al único incidente que reconoce Tarrés. Aquel que habla que le quitó la medalla a una de sus pupilas diciéndole que no la merecía y se la llevó a su casa. Luego la devolvió. “Si obró así con esa chica, imagínate de lo que será capaz”.